



El Sagrado Corazón de Jesús y Francia

En torno a un tercer centenario

P. Ramiro Sáenz

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y FRANCIA

En torno a un tercer centenario

P. Ramiro Sáenz

“El Reino de Francia está predestinado por Dios para defender la Iglesia Romana que es la única y verdadera Iglesia de Cristo....

Será victorioso y próspero mientras permanezca fiel a la fe romana. Pero será terriblemente castigado siempre que sea fiel a su vocación”. (San Remigio, estamento; PL 135, col. 1168).

Cuando no se encuentran varones santos que, cumpliendo con sus deberes, velen con lucidez y virilidad por el bien de la ciudad cristiana, Dios humilla a los hombres con la fragilidad de la mujer. Al borde de históricas catástrofes, el Reino de Francia ha sido repetidas veces auxiliado, con desigual éxito, por la inagotable providencia de Dios. Así, Santa Genoveva, humilde pastora del siglo V, salva París de la arrolladora invasión de Atila; Santa Juana de Arco, en el XV, al frente de las tropas expulsará los invasores ingleses; Santa Margarita María de Alacoque indicará el justo remedio contra la Revolución moderna.

1 La Francia del siglo XVII

El siglo XVII francés es religiosamente fecundo. La labor de grandes santos como Juan Jacobo Olier (+1657), Pedro de Bérulle (+1628), San Vicente de Paul(+1660), San Juan de Eudes (+1680), San Juan Bautista de La Salle (+1719), San L. G. de Montfort (+1716), varios de ellos fundadores, sumará sus obras a los abundantes frutos de Trento. La monarquía, por su lado, vive momentos de creciente apogeo. Pero en ambos sectores graves gérmenes de descomposición se estaban incubando.

El primero es el llamado *Absolutismo regio*. Particularmente por obra de los cardenales Richelieu y Mazarino, Francia había llegado a su esplendor político. El joven Luis XIV que, en 1661, a los 22 años subirá al trono, ceñirá una corona interna y externamente robusta. Será él quien siente el principio absolutista: “El Estado soy yo”. Por su parte los juristas de su tiempo sostendrán que el monarca tiene poder absoluto, independiente e ilimitado, que le viene directamente de Dios. Tal concepción, más que tiranía política alimentará un altivo e irrespetuoso trato para con el Papa y toda la Iglesia. Los constantes conflictos que el “cristianísimo Rey” tuvo con aquél, le valieron incluso una justa “excomuniación”, en 1687, por parte de Inocencio XI.

En el orden político- religioso tenemos el *Galicanismo*. Se trata de un conjunto de tendencias, prácticas, y doctrinas relativas a la constitución y amplitud de poder espiritual que toca a ciertas prerrogativas del Papa sobre la Iglesia (galicanismo espiritual o episcopal) y de la Iglesia respecto al Estado (galicanismo político o parlamentario). El primero ponía al Concilio por encima del Papa; el segundo sujetaba la Iglesia al poder temporal. Tales ideas, surgidas en el país, eran de larga data. Se inician en el siglo XIV con Felipe el Hermoso frente a Bonifacio VIII, y sus principios fueron defendidos por dos lumbreras de Francia: Pedro D’Ailly (1350-1420) y Juan Gerson (1363-1429); ambos ocupan el cargo de “Gran Canciller” en la célebre Universidad de París. Más adelante, en 1596, el libro “Libertades Galicanas” de un protestante converso, Pedro Pithou, se convierte en un verdadero “catecismo” sobre el tema. Este movimiento culminó en la “Declaratio cleri gallicani de potestate ecclesiastica”, redactada por Bossuet en 1682 y aprobada por el episcopado francés. Luis XIV la hace ley del Reino y la prescribe como materia de enseñanza en las escuelas teológicas del país. Ya Francia no se siente en el seno de la Iglesia, sino que es la Iglesia la que está en el seno de Francia. El Papa, en la Bula “Inter multiplices”, de 1690, la condena categóricamente. El episcopado manifestará públicamente su arrepentimiento y retractación. Lo mismo el Rey. No obstante los principios ya estaban puestos e influirán fuertemente en la vida política francesa hasta los días de la Revolución.

En el orden religioso es principalmente el *Jansenismo* el que debilita la Iglesia de esos días. Invocando una pretendida vuelta a la pureza primitiva de la Iglesia, el jansenista, espíritu orgulloso y rebelde a Roma, heredero del pesimismo calvinista, disecaba la vida cristiana: se burlaba de las prácticas sensibles y populares de piedad; alejaba a la Santísima Virgen de la vida espiritual; desconocía la misericordia de Dios y acentuaba hasta la desesperación la corrupción de la naturaleza humana, incapaz de hacer actos buenos, no atreviéndose a decir ante el Señor o la Eucaristía más que: “apártate de mí que soy un pecador”. Iniciado con la publicación del “Augustinus” de Jansenio (1640), el jansenismo se extiende hasta los tiempos de la Revolución pasando por las más diversas etapas. Dogmático y moral en sus inicios, a fuerza de tanto batallar, con Quesnel (1634-1719) se tornará agresivo y revolucionario, convirtiéndose en un partido de oposición contra Roma, el episcopado y la monarquía. Contribuirá eficazmente a la expulsión de los jesuitas (1762), sus perpetuos enemigos, y, en los días de la Revolución, se unirá a los enciclopedistas transformándose totalmente en una corriente revolucionaria.

En el orden del pensamiento tenemos, la *Ilustración racionalista*. Esta corriente desoladora de fines del siglo XVII y todo el XVIII minará los cimientos de la religión revelada. Se la ha llamado racionalismo, filosofismo, enciclopedismo o, modernamente, ilustración (del alemán Aufklärung). Lo esencial será la negación del orden sobrenatural, para aceptar sólo el mundo de la filosofía y de las ciencias empíricas. La razón sustituye a la fe, la Naturaleza a Dios, la leyes físicas a la Providencia. Todo lo que es revelado o sobrenatural es supersticioso, no científico y propio de entendimientos débiles. Uno de los nuevos “dogmas” que aparece en estos tiempos es el del “progreso indefinido”: el pasado escolástico y medieval es algo superado; con la sola luz de la razón, la humanidad es capaz de llegar a su adultez. Han contribuido a su nacimiento y constante crecimiento: el espíritu protestante, que termina secularizando los asuntos religiosos, o fundando el indiferentismo por subjetivista “libre examen”; el humanismo naturalista, que considera en el hombre sólo su dimensión natural, desconociendo el pecado original, etc.; las corrientes científicas y ciencias experimentales, que con sus métodos propios van creando

una “forma mentis” caracterizada por un modo de ver matemático, positivista y mecanicista de las cosas. Finalmente, la nueva filosofía, que desde el nominalismo ha perdido contacto con la realidad, marchando sin rumbo hacia el idealismo, el racionalismo o el empirismo. Para citar sólo algunos autores, recordemos a Francisco Bacon de Verulam (+1626), Juan Locke (+1704), Jorge Berkeley (+1753), David Hume (+1776), Tomás Hobbes (+1679), Baruch de Spinoza (m. 1677), Renato Descartes (+1650), etc. Sostiene Voltaire que los deístas ingleses fueron los maestros del enciclopedismo francés. Engendraron las ideas que la pluma francesa supo exponer con mayor claridad y elegancia. La monarquía francesa, más tolerante que la inglesa, permitió su rápida difusión en la clase intelectual, burguesa e incluso el pueblo. En Francia uno de los precursores será Pedro Bayle (1647-1706) el “primer enciclopedista”. Hijo de un calvinista, profesa la fe católica, de la que luego apostata. Es un hábil sembrador de dudas y escepticismo. Años más tarde, toda esta corriente de pensamiento se dará cita en la “Enciclopedia”, la “Suma Teológica” del pensamiento ilustrado, que se publicaría en más de treinta tomos del 1751 al 1780.

2 Un mensaje para el Rey

Margarita María de Alacoque (1684-1690), religiosa visitandina, fue elegida por Dios para las admirables revelaciones acerca del Sagrado Corazón de Jesús. Si bien es cierto que esta devoción ya se había desarrollado considerablemente en Francia, en especial por obra del P. José de París (1577-1638) y de San Juan de Eudes (1601- 1680), con dicha santa tomará un vuelo definitivo¹.

Estas manifestaciones extraordinarias, que comenzaron en 1675, atizarán el amor a Jesucristo apagado por la onda gélida del jansenismo y el “filosofismo”, y elevarán a Dios los corazones deprimidos por el naturalismo. Su mensaje contiene, junto a la dimensión interior, que es la principal, otra más pública y social: el Sagrado Corazón debe “reinar”. No sólo las familias, sino también varios países se postraron ante el Corazón abierto de Cristo para consagrarse. El primero, Ecuador, lo hizo en 1873 bajo el gobierno de Gabriel

¹ Dictionnaire de Spiritualité (D.S), Coeur Sacré col. 1031-33.

García Moreno². En 1925, el tema sería expuesto magníficamente en la encíclica “Quas Primas” sobre Cristo Rey.

Pero era en Francia donde Cristo quiso reinar primero, como lo pedirá explícitamente. Una santa y una congregación francesa serían los primeros confidentes de la intención divina. Dios había preparado un remedio adecuado a los males del mundo moderno, ya claramente incoados, que encontrarían en aquella nación un momento culminante con la Revolución francesa, tramo decisivo de la Revolución moderna.

Un día del año 1689 S. Margarita María recibió una iluminación interior que le permitió ver los desórdenes del Rey (Luis XIV) y de la corte. Habiéndole mandado la superiora: “Ve a reemplazar al Rey ante el Santísimo Sacramento”, así lo hizo una y otra vez. Pero cuantas veces lo hacía era asaltada por pensamientos e imaginaciones que le causaban horror. En cierta ocasión notó “cierto espíritu extraño de orgullo que vagaba en torno a la Visitación, y que intentaba sustituir al de humildad y sencillez, que es el fundamento de todo el edificio”³. Se trataba del jansenismo, que ni de nombre conocía. Ella, tan ajena a los sucesos políticos de su tiempo, recibirá por otra vía un conocimiento realmente profundo de los hechos contemporáneos⁴.

Así se multiplicarán durante el año 1689 las revelaciones sobre Francia, que la Santa pondrá por escrito en tres cartas que enviará a la madre de Saumaise⁵.

La primera es del 23 de febrero . Le agradece su empeño en difundir la devoción a la vez que insinúa algunos aspectos sociales de la misma:

² Asesinado por la masonería el 6 de agosto de 1875.

³ Carta 43.

⁴ Cf. Mons. Bougaud, *Margarita María de Alacoque*, Ed Santa Catalina, Bs. As., 1944, pp. 281-282.

⁵ Para los textos de las cartas, cf. Mons. Bougaud, op. cit., p. 282-289; A. Hamon, S. J., *Vida de la Beata Margarita María*, Ed. Subirana, Barcelona, 1916, 1916, pp. 382-385.

“¡Qué dicha para usted y para cuantos han cooperado al intento! Porque se atraerán para sí la amistad y las bendiciones eternas de este amable Corazón y un poderoso protector para nuestra patria. Alguien tan poderoso se necesita para contener la severidad de la justa cólera de Dios por tantos crímenes que se cometen... Mas espero que este Divino Corazón será una fuente inextinguible de misericordia. No quiere restablecer su reino entre nosotros sino para otorgarnos más abundantemente sus preciosas gracias de santificación y de salvación”.

E indica que el arrepentimiento debe comenzar donde se inició el pecado:

“Una cosa me consuela sobremanera y es la esperanza de que, en cambio de las amarguras que este Divino Corazón sufrió en los palacios de los grandes durante las ignominias de la Pasión, con el tiempo esta devoción penetrará magníficamente en los palacios. Prosiga, pues, con valor lo que ha emprendido para su gloria en el establecimiento de su reinado. El Sagrado Corazón reinará, a despecho de Satanás y de cuantos suscita para impedirlo. Mas por ahora sólo es tiempo de obrar y sufrir en silencio como Él lo hizo por amor nuestro”.

La segunda carta parece que fue escrita después de un éxtasis el preciso día de la fiesta del Sagrado Corazón, el 17 de junio del mismo año. En la primera parte, más interior y universal, habla del papel de la Visitación como instrumento para “obtener por este medio que muchos vuelvan a la vida, apartándolos del camino de la perdición y que el imperio de Satanás desaparezca de las almas para establecer en ellas el de su amor”. Y continúa:

“Pero Él no quiere detenerse ahí. Aún hay designios más grandes que no pueden realizarse sino por su omnipotencia, que puede todo cuanto quiere... Me ha parecido que desea entrar con pompa y magnificencia en la casa de los príncipes y de los reyes para ser tan honrado en ellas, como ultrajado, despreciado y humillado fue en su Pasión, y recibir tanta satisfacción al ver a los poderosos de la tierra sumisos y humillados delante de Él, cuanta fue su amargura al verse anonadado a sus pies”.

Y en tono solemne y concreto prosigue:

“He aquí las palabras que escuché a este propósito: Haz saber al hijo primogénito de mi Sagrado Corazón –hablando de nuestro Rey- que así como su nacimiento temporal lo obtuvo por la devoción a los misterios de mi santa infancia, de igual manera obtendrá su nacimiento de gracia y de gloria eterna por la consagración que haga de sí mismo a mi Corazón adorable, que quiere triunfar sobre el suyo, y por su mediación, sobre el de los grandes de la tierra. Quiere reinar en su palacio, campear en sus estandartes y ser grabado en sus armas para que triunfen sobre sus enemigos, derribando a sus pies esas cabezas orgullosas y soberbias para quedar victorioso de todos los enemigos de la Santa Iglesia”.

Probablemente sorprendida por una comunicación tan seria, la madre de Saumaise no respondió a la carta. El hecho es que la santa le escribe una tercera el 12 de agosto, inquieta por su silencio, no sabiendo si atribuirlo a un disgusto o a un probable extravío. Allí le habla de la “violencia” que necesita hacerse para hablar de estas cosas. Callaría con gusto “si no me hiciese conocer (el Sagrado Corazón) que en esto se interesa su Gloria”. Temiendo más bien su pérdida y a fin de que no la sorprendiese la muerte y se sepultara con ella el mensaje, redacta unos días después, tal vez el 25, fiesta de San Luis Rey, una especie de declaración, pues tiene una solemnidad no acostumbrada:

¡Viva Jesús!

Agosto de 1689

“Queriendo el Padre Eterno reparar las amarguras y las agonías que el adorable Corazón de su Divino Hijo sufrió ante los príncipes de la tierra entre las humillaciones y ultrajes de su Pasión, desea establecer su imperio en el corazón de nuestro gran monarca, del que quiere servirse para la ejecución de su designio, a saber: Que se construya un edificio donde sea colocado el cuadro del Divino Corazón para recibir allí la consagración y los homenajes del Rey y toda la corte. Además, este Divino Corazón será el protector de la

real persona contra todos sus enemigos. Por esto ha escogido al Rey como su fiel amigo, para que consiga de la Santa Sede que autorice la celebración de la Misa y obtenga de ella los demás privilegios que deben acompañar a la devoción del Corazón Sagrado. Quiere por medio de Él comunicarle los tesoros de sus gracias de santificación y de salud, bendiciendo todas sus empresas, concediendo la victoria de sus armas y haciéndole triunfar de la malicia de sus enemigos”.

Las peticiones se pueden sintetizar en estas cuatro:

- Reinar en el corazón del Rey y de toda su corte.
- Un templo como signo visible de su presencia, lugar de gracia y de culto.
- Autorización de una Misa propia para toda Francia como acto de culto supremo y universal.
- Su símbolo en los estandartes⁶ y armas.

En la última carta no sólo estaba previsto el contenido y el destinatario del mensaje, sino el medio para que le llegara: se trataba de jesuita P. de la Chaise, confesor de Luis XIV.

El hecho es que hasta los días de la Revolución los pedidos no fueron cumplidos. Pero, ¿llegaron realmente a destino? Tanto A. Hamon como Mons. Bougard piensan que sí. Hay dos fuertes argumentos.

El primero: que la madre de Saumaise podía perfectamente acudir al monasterio de la Visitación en París, el de Chaillot. Allí se alojaba desde hacía meses la reina de Inglaterra, María Beatriz de Este, esposa de Jacobo II, gran devota y apóstol del Sagrado

⁶ Desde tiempos remotos Francia había tenido siempre un “estandarte” sagrado que no llevaba a los combates menores sino en la hora de los peligros supremos, en los que el Rey se ponía a la cabeza de los ejércitos. Simbolizaba el alma religiosa del Reino y se conservaba en la significativa “Saint Denis”. Un estandarte de este género entregó Dios a Santa Juana de Arco. (Cf. Crónica de S. Denis, I. 223, cit. por Mons. Bougaud, op. cit. p. 286)

Corazón, refugiada en Francia a raíz de la revolución que había estallado en 1688 en su tierra. Era una puerta abierta a la corte del Rey. Conocía, además, y sentía gran veneración por el P. Claudio de la Colombière S. J., confesor de la santa. Para el jesuita, por otro lado, no era nada difícil acceder al prelado del Rey.

Pero hay otra razón que ambos autores destacan. A fines de 1792, Luis XVI, preso en el Temple, hará su célebre “voto”. En su tiempo no se conocía esta revelación y si quisiera había aparecido en la primera biografía que escribiera de la santa Mons. Languer, en 1729. Tales cartas autógrafas permanecieron prácticamente desconocidas en Paray-le-Monial, de donde nunca salieron, hasta 1874⁷. De manera que “el voto de 1792 no parece poder explicarse sino por una traición fielmente guardada de la cual no hallamos otro origen histórico que la comunicación dirigida a Luis XIV, de la magnífica revelación de 1689⁸. Sólo la tradición oral dentro de la familia real lo explica.

Si consideramos el texto que Luis XVI escribe en la cárcel, advertimos la asombrosa coincidencia con los pedidos que la santa había fielmente transmitido. En las circunstancias extremas en que el monarca lo redacta tiene algo de solemne y de trágico a la vez. Él, que en realidad ya no era Rey de Francia, y que saldría de la prisión para ir al cadalso, lo entregó a su confesor, el P. Hébert, quien hizo de él varias copias. Gracias a esta precaución se conoció el texto, pues el heroico sacerdote morirá en las matanzas del 2 de septiembre.

“¡Oh Dios y Señor mío! Vos mirais las heridas que destrozan mi corazón y la profundidad del abismo en que ha caído. Innumerables males me rodean por doquier. A los que me agobian personalmente y a los que sufre mi familia, que son espantosos, se agregan, para poner colmo a mis desdichas, lo que cubren la faz del Reino. Hasta mis oídos llegan los clamores de las víctimas y los gritos de la religión oprimida; y una voz interior me advierte que vuestra justicia podrá reprocharme todas estas calamidades

⁷ Cf. M. Bougaud, op. cit. p. 282.

⁸ A. Hamon, op. cit. p. 390.

porque en mis días de grandeza y de poder no reprimí la licencia del pueblo y de la irreligión, fuente de todos esos males; porque yo mismo he dado armas a la herejía triunfante, favoreciéndola por medio de leyes que han duplicado su fuerza y le han dado audacia para atreverse a todo.

¡Oh Jesucristo, Divino Redentor! De todas nuestras iniquidades en Vuestro Corazón quiero depositar la efusión de mi alma atribulada. Imploro en mi socorro el tierno corazón de María, augusta protectora y madre mía, y la asistencia de San Luis, mi patrono y el más augusto de mis antepasados.

Abríos, Corazón adorable, y por las purísimas plegarias de mis poderosos intercesores recibid con la bondad los votos de satisfacción que la confianza me inspira, y que os ofrezco como expresión humilde de mis sentimientos.

Si por bondad infinita de Dios llegare a recobrar la libertad, mi corona y mi poder real, prometo solemnemente:

1. Derogar lo más pronto posible todas las leyes que me sean indicadas por el Papa, por un concilio, o por cuatro Obispos de entre los más ilustres y virtuosos de mi reino, como contrarias a la pureza y la integridad de la fe, a la disciplina y a la jurisdicción espiritual de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana; y muy especialmente la Constitución Civil del Clero.

2. Adoptar de acuerdo con el Papa y los Obispos de mi reino, las medidas conducentes a establecer, según las prescripciones canónicas, una fiesta solemne en honor del Sagrado Corazón de Jesús que se celebrará perpetuamente en toda Francia el Viernes siguiente a la octava de Corpus, y terminará con una procesión general en reparación de los ultrajes y profanaciones cometidas en nuestros santos templos durante la Revolución, por los cismáticos, los herejes y los malos cristianos.

3. Ir yo mismo en persona, a los tres meses de recobrada mi libertad a la Iglesia de Nuestra Señora de París, o al templo principal del lugar donde me encuentre, y pronunciar un Domingo un día de fiesta, al pie del Altar Mayor, después de ofertorio de la Misa y en manos del celebrante, un acto solemne de consagración de mi persona, de mi familia, de mi reino al Sagrado Corazón de Jesús, con promesa de dar a todos mis súbditos el ejemplo del culto y de la devoción que son debidas a este Corazón adorable.

4. Construir y decorar a mis expensas, en la Iglesia que para ello elija, dentro de un año contado desde mi libertad, una capilla o un altar dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, y que sirva de testimonio eterno de mi reconocimiento y mi confianza sin límites en los méritos infinitos y en los tesoros inagotables de Gracia que encierra ese Corazón Sagrado.

5. Por último, renovar cada año, en el lugar donde me encuentre y el día en que se celebre la fiesta del Sagrado Corazón, el acto de consagración expresado en el artículo tercero, y asistir a la procesión general que seguirá a la Misa de ese día⁹.

Benedicto XV, en la Bula de canonización de Margarita María, ha insistido en el vínculo estrecho entre el voto de Luis XVI y el mensaje de 1689¹⁰.

⁹ M. Bougaud, op. cit. pp. 329-331.

¹⁰ Cf. DS, art. Cit. col. 1041.

3. Las consecuencias de una negativa

Si bien el pedido fue hecho a Luis XIV, era al Rey a quien se hacía. De manera que valía para sus sucesores. Ni Luis XIV, ni Luis XV, ni Luis XVI lo hicieron¹¹. ¿Cómo iba a imaginar el “Rey sol” que un día su trono, árbitro de Europa, estaría jaqueado por su propio pueblo? La soberbia, la sensualidad y el espíritu mundano irían asfixiando progresivamente el espíritu cristiano. Los días de terror que vendrían sobre Francia y el mundo exactamente cien años después serían la lógica consecuencia del alejamiento de Dios. De todos, pero en primer lugar de la clase dirigente y el Rey. “Como es el Rey, así son los habitantes”¹². Por ellos debía comenzar la restauración.

La Revolución francesa significó no sólo la pobreza generalizada, la inestabilidad política y la corrupción moral del país. El costo humano según recientes estudios pasó de dos millones de víctimas¹³. Verdadero “genocidio” que ya Babeuf en su tiempo denominó “populicide”¹⁴. Y lo que es más grave aún es que “la descristianización masiva de Francia comienza con la Revolución”¹⁵.

Los campesinos de la Vendée, desde 1793, y los paisanos del Tirol, con A. Höfer, en 1809, con los distintivos del Sagrado Corazón en el pecho resistirán la revolución hasta la muerte. Era el precio de la expiación por los “pecados de

¹¹ El templo pedido se construiría luego en Montmartre. Ante los desastres de la guerra de 1870, los católicos hacen el voto. En 1873 la Asamblea Nacional lo declara de “utilidad pública”. En 1876 se comienza su construcción para terminarla en 1914.

¹² Eclo. 10,2.

¹³ Cf. René Sedillot, *Le coût de la Révolution française*, p. 28.

¹⁴ El tema del “genocidio” ha sido modernamente tratado y generosamente probado por R. Secher en “Le génocide Franco-Français. La Vendee Vengée”, París 1986.

¹⁵ Jean de Viguerie, *Christianisme et Révolution*, París, 1986, p. 7.

Francia”, para lo cual se requirió sangre inocente. El mismo Rey, Luis XVI, y la Reina María Antonieta pagarán su cuota.

La “Revolución moderna” es un proceso que, nacido en los tiempos del humanismo y la reforma, se va a profundizar en sucesivas etapas siguiendo una única consigna: “No queremos que Éste reine sobre nosotros”¹⁶. Hoy, en la etapa del ateísmo marxista en sus diversas formas, el Cielo vuelve a advertir y dar el remedio. La mediadora es nuevamente una joven: Sor Lucía de Fátima. En 1917 pedía oración y reparación; en 1929 “la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón”, para evitar la difusión de sus “errores por el mundo”. A menos ésta no se ha hecho aún. ¿Qué alcance tendrá entonces lo que la vidente escuchó de Nuestro Señor y escribió en 1923 al Obispo de Leiría: “Como el Rey de Francia, no atienden a mis pedidos: el Santo Padre habrá de consagrarme Rusia, pero será tarde”?¹⁷

P. Ramiro Sáenz

¹⁶ Lc. 19.14.

¹⁷ P. Juan M. De Marchi I. M. C., “Era una señora más brillante que el sol”, p. 312.